

La lectura-estructura de los cuerpos: hace apenas un año Adriana Calatayud, joven fotógrafa defenida nacida en la segunda mitad de los sesenta, realizó dos exposiciones individuales en donde ya se definían sus persistentes búsquedas y un estilo. De hecho ambas muestras (*Monografías*, Casa del Lago, y *Monografía del cuerpo*, Academia de San Carlos) parecían una sola que se continuaban entre sí. Ahí se evidenciaba una transgresión hacia lo sensual del cuerpo, una ruptura con el desnudo prototípico (el fragmento corporal que deriva hacia la semiabstracción hasta el hartazgo) que en el fin de milenio parecía sin salida. Los de Calatayud se volvían así ejercicios que exploraban la dualidad de las armonías corporales y sus fantásticas estructuras internas.

En esencia, éstas eran propuestas visuales sobre la lectura de las apariencias. Algunos delicados como armoniosos cuerpos se transparentaban, se abrían, se transfiguraban, hasta su casi desaparición para que emergieran los tejidos, los órganos, la estructura ósea. Del cuerpo y la piel ya no quedaba lo terso, lo erótico, sino una superficie endeble por sus evidencias. Acaso sólo algunos resquicios de lo sensual pero dominado permanentemente por lo dramático de las figuras que sobresalían de las sombras (las luces incidiendo parcialmente hasta la disolución de los contornos, por lo tanto haciéndose evidente la oscuridad que envuelve al

mismo cuerpo). Calatayud estaba con ello revitalizando y poniendo al día aquellas imágenes alvarezbravianas de *Lucía o Mano que da* (1940), o antes aún *Sistema nervioso del gran simpático* (1929), que jugaban con el cuerpo y su interioridad.

Su última exposición como becaria del Fonca, y con la que finaliza un año de beca, pareciera caminar por esas rutas pero sin embargo mucho ha cambiado. Calatayud no tiene más allá de cinco años de mostrar públicamente su trabajo, pero pertenece a una generación (de unos cuantos, en efecto) que en poco tiempo ha experimentado nuevas propuestas (o añejos recursos ahora renovados) en la fotografía de fin de siglo.

Aunque sin un cuidado museográfico (cédulas e imágenes en sube y baja, fotos de formato menor pegadas a la pared, alambres que cruzan el muro para sostener las imágenes de formato mayor), en su muestra *Desdoblamiento* se encuentra una visión llevada al límite de la reflexión corporal. Porque si antes mostraba jóvenes cuerpos para mostrar lo contenido en ellos,

CLICKS A LA DISTANCIA

JOSÉ ANTONIO RODRÍGUEZ

Desdoblamiento

ahora recurre a un cuerpo decrepito (aquel modelo lumpen gay que Daniel Weinstock exhibiera en *Hombres mirando hombres*, Zona, 1993) como soporte memorioso e histórico. Un cuerpo de matices andróginos en donde ya no importa precisamente su definición sexual sino la memoria acumulada en él; un cuerpo lastimoso en su decadencia que muestra la experiencia contenida en su superficie; que se entrelaza, siendo él mismo anciana memoria, con antiguos testimonios (viejos grabados detenidos en su piel) hasta volverse lectura en sí de un pasado; un discurso imbricado de piel, escritura y dibujo que adquiere un tono gótico en su resolución: nuevamente las densas sombras que rodean la efigie corporal y las luces laterales; los pliegues de la piel caída que se vuelven sin embargo sustentos de un barroco entramado de líneas. Un cuerpo a veces segmentado o expandido al tamaño natural que a pesar de su historia depositada en él tendrá un destino irresoluble (los restos mortales de ese cuerpo que el espectador ve al *Ras de la tierra* y desde arriba). La lectura de los cuerpos como su estructura se ha vuelto ahora fatídicamente sombría.

Desdoblamiento de Adriana Calatayud puede verse, hasta este 5 de octubre, en el Centro Cultural San Angel; Revolución y Madero, San Angel.